EL HERALDO

N°21 JULIO DE 2025

TERTULIA POÉTICA

MISTERIO EN LA LUNA

CURIOSIDADES SOBRE LA LUNA EN LA LITERATURA

Mujeres: artifices de la literatura

Indice

Carta del Editor 3
Curiosidades literarias 4
Habia una vez 7
Reseña literaria 18
Tertulia poética 20
Mujeres artifices de la escritura 30
Misterio en la luna 33

CARTA DEL EDITOR

Por: Ariel Sosa Mansilla

En esta edición de El Heraldo incursionamos en la ficción histórica, basada en hechos verídicos. Tras la derrota de Cleopatra y Marco Antonio, sus hijos tuvieron destinos variados. Cesarión, hijo de Cleopatra y Julio César, fue ejecutado por orden de Octavio poco después de regresar a Alejandría. Los otros tres hijos, Cleopatra Selene II, Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo, fueron llevados a Roma y criados por Octavia, la hermana de Octavio.Se desconoce el destino final de Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo.

Los escritores que participan de este número te llevarán a recorrer el pasado, donde recrean una realidad de lo que pudo pasar con los hijos de la reina Cleopatra, sumergiéndose en el pasado y realizando investigaciones históricas que aportan los elementos para construir sus relatos.

Desde ya quedan invitados a sumergirse en esta nueva aventura de la literatura de la mano de El Heraldo.

CURIOSIDADES LITERARIAS

LA LUNA, DEL MITO A LA LITERATURA

por Michel Pérez Pino

El Egipto antiguo, mezcla de fascinación y misterio. Cultura de monumentos y dioses bañados por las aguas del Nilo. Tierra de faraones y cuna de una de las mujeres más famosas en la historia de la humanidad. Cleopatra, la última reina del Egipto ptolemaico, ponía fin a su vida en el año 30 a. C. La elección del suicidio y los propios avatares de su existencia convirtieron a esta singular mujer en un mito que se ha mantenido vivo hasta el presente.

Poetas, dramaturgos, novelistas, pintores, músicos y cineastas han evocado la figura de Cleopatra, elaborando un modelo femenino con frecuencia muy alejado del personaje histórico. Ciertamente, se tiende a identificar a Cleopatra con una mujer extraordinaria, subrayando su deslumbrante belleza y atractivo físico, acompañados de un encanto personal y una notoria sensualidad. Aunque se le atribuyen inteligencia, cultura y poder, también se la describe como astuta, ambiciosa o manipuladora, e incluso engañadora y perversa. En demasiadas ocasiones se la presenta como mujer fatal, amiga de orgías y entregada al placer.

La biografía de esta reina se reconstruye a partir de la relación amorosa que mantuvo con Julio César y Marco Antonio. Por la influencia de ambos personajes como amantes de Cleopatra, se transformó en un mito femenino de la pasión amorosa, y se ha tendido a soslayar que tales uniones respondieron a razones políticas y estratégicas, encaminadas a preservar la independencia del Egipto ptolemaico que ella gobernaba.

En realidad, la imagen de Cleopatra imperante a lo largo de la historia se inspira solo parcialmente en la vida real de la última reina egipcia; de ahí la afirmación, no exagerada, de que fue el personaje histórico más adulterado de la Antigüedad.

Probablemente, el punto de partida de la leyenda y mito de esta mujer ha de situarse en W. Shakespeare y su conocida tragedia Marco Antonio y Cleopatra (estrenada en 1607), para cuya elaboración se sirvió de las noticias de Plutarco; este último, historiador griego cuya obra data del siglo II, da la impresión, a veces, de referirse más a una prostituta que a una reina, cuando narra su vida junto a César y Marco Antonio. De ahí que el autor inglés nos presente a una Cleopatra como mujer que provoca pasiones insaciables, incluso demoníaca, y a un Marco Antonio trastornado por una cortesana o meretriz.

Se ha llegado a decir que es posible detectar la imagen cambiante que se ha tenido de las mujeres a lo largo de la historia a partir de las creaciones literarias en torno a la reina egipcia. Por citar unos breves ejemplos, en la época medieval Dante y Bocaccio ya imaginaban a una Cleopatra sensual, lo que hicieron otros muchos literatos posteriores, como Corneille, Pushkin o el español Zorrilla. En 1838, y en la misma línea, Gauthier continuaba imaginando a una mujer promiscua y amoral, mientras que más tarde Bernard Shaw recreaba a una joven estúpida e ingenua.

En los casos de Anatole France o Terenci Moix, aunque ambos la tratan con benevolencia, continúan evocando una Cleopatra que sintió un intenso amor por Marco Antonio. Una obra publicada en 1993, La serpiente del Nilo, de J. Eslava Galán, ha contribuido al mantenimiento de tal estereotipo de la reina en su obra. Por último, la novela de aventuras también acabó asociándose a la sensual Cleopatra, como revela la obra de Rider Haggard de 1898.

La lista se completa con las numerosas publicaciones, más próximas a la novela histórica que a los trabajos de investigación, en las que se indaga en la psicología del personaje femenino, como hace Ludwig, quien retrata a una mujer apasionada, inteligente y agresiva, que se guiaba sobre todo por sus sentimientos; otros como Bostock insisten en su falta de autocontrol a la hora de recrear una biografía narrada por la misma Cleopatra, la reina exótica y enigmática que quiso unir la pasión y la política. Pero también aparecen los relatos en los que ante todo figura una reina, con todo lo que ello comporta, como cuenta Bradforf, para quien esta mujer se había volcado en la defensa contra Roma; por último, para Peyramaure, la bella, poderosa e inteligente ptolemaica fue una mujer única, que quiso unir Egipto y Roma, por no citar más que algunas novelas y autores representativos.

En general, y a pesar de sus evidentes limitaciones, de la Cleopatra literaria se pueden extraer rasgos de lo que fue la reina histórica y que precisamente provocaron la enorme atracción por el personaje. Es decir, una mujer que ejerció un gran poder porque gobernó por sí sola un reino y lo hizo con dificultades; utilizó y se enfrentó a políticos y militares romanos, los hombres más poderosos de su tiempo; aspiró a dominar el mundo junto a estos hombres; se empeñó en mostrar el futuro control del Mediterráneo como una oriental y fracasó; retó al hombre que acabó dominando un imperio y el propio país de la reina, y en este empeño, acabó perdiendo el reino y su propia vida. Por último, fue vencida, y el vencedor, Octavio-

Augusto, presentó a Cleopatra como la feroz y terrible enemiga de los romanos, como en su tiempo lo había sido Aníbal.

En general, y salvo excepciones, se ha tendido a proporcionar una visión de la reina muy ceñida a la imagen dada por la literatura antigua, es decir, impregnada de los mismos prejuicios y que refuerza la imagen de una Cleopatra como gobernante ambiciosa y mujer apasionada.

De tal actitud se encuentran múltiples ejemplos, entre los que sobresale el de R. Syme; así, en su obra La revolución romana, el prestigioso profesor de Oxford no duda en identificar a Cleopatra con una mujer astuta y seductora, adjudicándole numerosos amantes, que identifica con reyes de Oriente; hecho que no puede probarse en ninguna fuente. Otros, como A. Bouché-Leclerq, la tildan de comediante y cortesana que brilla a costa de las mujeres decentes. Más comedidos en sus juicios, W. Tarn y M. P. Charlesworth consideran que «la reina estaba dotada con el encanto propio de una mujer y el cerebro de un hombre (…) y aspiraba al poder»; tales afirmaciones convierten a Tarn en uno de los historiadores conocidos por su defensa de la reina oriental.

Más allá de lo esgrimido por varios autores parcializados por las opiniones occidentales de la época, se puede afirmar que la huella dejada por Cleopatra causó tal impacto en la historia de la humanidad, que veintiún siglos más tarde aún sigue siendo objeto de apasionadas versiones históricas y literarias.

HABIA UNA VEZ

EL SECRETO

por: Anniabel Martínez Gómez

La verdadera permanencia del hombre como especie en la Tierra, desde su surgimiento y evolución, se debe a la capacidad de adaptación a los cambios. A Cleopatra Selene le tocó ajustarse, desde muy joven, a otro medio. Tras la caída de Egipto, el posterior suicidio de la madre y el asesinato de su hermano Cesarión, su familia se había desmembrado. Fue llevada a Roma, junto a sus hermanos, donde quedaron a cargo de Octavia la Menor, criándolos junto con los suyos.

Las tensiones políticas crecían. Dos cosas habían heredado de su madre: la belleza exótica y la inteligencia; así que no le fue difícil sobrevivir, aunque apenas tenía diez años. Poco tiempo después de cumplir los dieciséis, fue dada en matrimonio a Juba II, rey de Mauritania.

—Ya me habían contado sobre su belleza, aunque debo confesar que ha superado usted esos rumores. Sería capaz de escribirle ahora mismo un poema en su honor.

Juba II, un amante de la literatura era sin dudas un romántico de la época; aunque también era conocido por su valentía en el combate y el manejo de la espada. Su amor por la literatura lo convertía en un rey benevolente y justo. Si la humanidad estuviera más llena de gobernadores poetas, en vez de políticos eruditos de la guerra y las ventajas, el mundo, sin dudas, fuera mejor. Como lo fue el período de reinado de estos dos protagonistas: lleno de prosperidad y enriquecimiento cultural.

—Pues ¿qué lo detiene, mi gentil prometido? —dijo Cleopatra Selene, impresionada por las palabras de su futuro esposo, del cual tenía referencias de ser amante del arte y la literatura, pero que no imaginó que iba a conquistar su corazón pasados solo tres minutos de su primer encuentro.

Hoy las flores abrieron sus pétalos
no porque es su trabajo brillar,
lo hicieron como regalos
a tu belleza sin par.

Si el amanecer me concede tu risa

y el bosque se viste de gala,
en mi rostro sentiré la brisa
que tus ojos hoy me regalan.

Concede a este simple mortal
la dicha de hacerte feliz,
de sus manos un vendaval,
del amor un simple aprendiz.

—Esos bellos versos han dado luz a mi alma. Debo confesar que usted también ha superado mis expectativas; no de hombre culto, ya eso lo esperaba. Lo que no imaginaba es que, además, tuviese un espíritu tan noble y fuera el más caballeroso de todos los hombres que he conocido en mi vida.

—Mi bella futura esposa, agradezco mucho sus palabras. Soy un mortal afortunado, pero debo decirle algo que quizás usted no sabe. No quiero empezar esta unión con secretos escabrosos, que no me pertenecen, pero que, sin embargo, me han sido confiados.

—Diga usted de una vez qué es eso que tanto lo atormenta. Hay cargas que es mejor no llevar.

El rostro de Juba II se había ensombrecido. El hombre poeta y gentil cedía paso a otro más atormentado y sombrío. Desde hacía unos días, una terrible confesión lo tenía angustiado.

—Diga lo que sea que le causa tal martirio. Sea lo que sea, usted será mi esposo, y eso es sagrado. Tendrá no solo mi amor, sino también mi lealtad infinita.

—Esto que le voy a contar no será lo que se escribirá en los libros de historia. Deberá morir como lo hizo la emisaria de tal comentario, y créame, si he tenido que mandar a matarla, ha sido solo para protegerla a usted.

—Estoy segura de que ha sido necesario. Ahora cuénteme usted sin más rodeos.

—El secreto es sobre la muerte de su madre.

—¡¿De mi madre?! —exclamó sorprendida—. ¿Qué puede haber de secreto en eso? Fue mordida por una serpiente, una víbora. Eso todo el mundo lo sabe. También es probable que ella misma lo provocase.

—No, mi joven amada, eso fue lo que les hicieron creer a ustedes y a todos, pero no fue lo que pasó. Lo que realmente sucedió está lejos de esa historia gloriosa de suicidio.

La joven, confundida y mareada, exigía entonces que le dijese todo lo que sabía sin más demora, dispuesta a enfrentar cualquier versión de los hechos. De todas formas, las consecuencias serían las mismas. Ya una mentira estaba convertida en verdad. La verdad nunca se conoce del todo; incluso se ignora en la mayoría de los casos, queda versionada según las conveniencias.

El noble rey se acercó a su oído y susurró durante varios segundos. Luego se separó y dijo en voz alta:

—Nadie, nunca, excepto usted y yo, debe saber lo que le he contado. Ni siquiera sus hermanos —aclaró—. Eso solo traería más muertes y desgracias; incluso usted misma correría peligro.

Nunca se supo el secreto que llevaron consigo hasta su muerte. La humanidad tendrá que aceptar la versión de la muerte de Cleopatra, la faraona de Egipto, tal como se recoge en la historia, pero sin saber detalles.

Ahora usted también sabe: esa leyenda no está bien contada.

EL QUE RENACE

Por Ariel Sosa Mansilla

A lo lejos quedaba Egipto. La muerte de sus padres, Cleopatra y Marco Antonio, a manos de los soldados de Octavio marcó su destino. Los hijos de la pareja fueron llevados a Roma, donde Octavia, la hermana de Octavio, se hizo cargo de la crianza de los menores.

Transcurrieron los años. Octavio dio la orden de que los hijos varones de Cleopatra y Marco Antonio debían morir, a fin de que no quedara ningún descendiente de la reina de Egipto que pudiera reclamar el trono y representara un riesgo político para Roma.

Alejandro Helios y Ptolomeo Filadelfo fueron sustraídos por una doncella que trabajaba en la casa de Octavia, quien prefirió separar a los hermanos y entregarlos a plebeyos que trabajaban en el mercado de la ciudad.

Uno de ellos fue criado por una pareja de artesanos, quienes le enseñaron el oficio. Con el correr de los años, se volvió un eximio tallador de artes en madera.

Cierto día, se hallaba en el mercado junto a sus padres cuando observó que una joven patricia era maltratada por un hombre. Este le pegó una bofetada que impactó en el rostro de la muchacha, quien cayó al suelo y comenzó a llorar.

El joven artesano se levantó de su puesto y fue hacia la mujer para ayudarla a levantarse. El agresor vio el gesto del joven hacia la mujer y dijo:

—Deja a esa mujer en el suelo, porque ha despreciado a Draco Pompilio, terrateniente de Pompeya.

—Es una mujer, sea patricia o plebeya.

—¿Te atreves a desafiarme, plebeyo?

La respuesta no se hizo esperar, y un puñetazo dirigido hacia el rostro del terrateniente impactó de lleno. Draco trastabilló y cayó a tierra.

El sujeto, sorprendido, se levantó, maldijo en voz baja y se abalanzó sobre el artesano. Este esquivó la embestida a duras penas, y el patricio, debido al impulso, terminó cayendo sobre unos cestos de mimbre que había en su camino.

Estrelló su cabeza contra el suelo y perdió el conocimiento.

El joven se sonrió. Luego fue hacia la mujer, quien en silencio observó la escena de lo sucedido.

—¿Se halla bien?

—Eso creo —respondió ella.

La mujer se levantó. El artesano observó de reojo la belleza de la joven: rubia, de ojos azules. Admitió para sí mismo que era atractiva, pero decidió no contemplar más su belleza porque aquello era imposible.

—Gracias por ayudarme.

—No fue nada.

Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento. En esos instantes, Draco recuperó el conocimiento y vio cómo la mujer besaba al artesano.

Rápidamente se levantó y tomó la espada de uno de los asistentes del mercado. El artesano, su enemigo, había tomado una gladius, espada corta y robusta perteneciente a un legionario, y se dirigía para atacarlo.

El artesano, indefenso y sin armas, de manera providencial recibió una espada de parte de otro legionario que circunstancialmente estaba en el lugar. Blandió la espada, fue hacia su adversario, y se oyó el ruido metálico de las armas.

Una chispa de odio se reflejó en la mirada de Draco. En una fracción de segundo, movió su espada de izquierda a derecha con su mano y provocó una herida superficial en el brazo de su contrincante. Este sintió el frío filo del arma que abrió un tajo sobre su piel, contuvo su dolor y se concentró en atacar a su oponente. Apretó fuertemente la empuñadura de su espada y, de un golpe seco, penetró el arma a la altura del estómago de su enemigo.

Draco había muerto.

Chorros de sangre comenzaron a mojar la calle polvorienta, mientras la gente se había detenido a contemplar la breve y mortal pelea.

—Peleas bien, muchacho. Nunca vi tanta concentración en una lucha, pese a que no eres un soldado. Ese tipo que has matado era un terrateniente poderoso. Pero no te preocupes, porque has actuado en forma noble y has defendido tu vida con honor. ¿Cómo te llamas?

—Mi nombre es Renato.

—Significa “el que renace”. Vaya, muchacho, sí que los dioses te han protegido hoy con su providencia, e incluso has blandido una espada como un verdadero legionario.

—No soy legionario, soy un artesano, y debo regresar a mi trabajo.

Le regresó la espada a su dueño.

—Gracias por prestarme su arma, señor.

—Fue un honor que mi espada sirviera para defender una vida.

El legionario se alejó del lugar. El cadáver del terrateniente fue recogido y llevado al cementerio. Una joven rubia de ojos azules se acercó a Renato.

—Eres valiente. Gracias por todo lo que has hecho por mí.

—No fue nada, señorita. Ahora debo regresar a mi trabajo. ¿Podré volverla a ver?

—Siempre ando por aquí. Mi nombre es Adriana —dijo a modo de despedida.

Ajenos a lo que estaba pasando, un viejo legionario romano observaba la escena desde un puesto de verduras. Aquel joven tenía un parecido sorprendente a la reina Cleopatra, pero no podía ser, si había oído que los hijos de la antigua reina de Egipto y Marco Antonio fueron muertos, excepto su sobrina Cleopatra Selene.

Fue hacia el puesto de artesanías. Observó las distintas piezas que se encontraban sobre la mesa.

—¿Tienes espada, muchacho?

—No, señor. Soy un artesano…

—Vi cómo peleabas. Un guerrero innato. Te regalo mi espada.

—¿Por qué?

—Vi todo. Deberías alistarte como legionario. Te veo futuro dentro de la milicia. Si te decides, búscame. Mi nombre es Leoncio Paulus, general de la Legión X Venérea, apostada en Galia.

—Gracias por su ofrecimiento, señor.

El general legionario se alejó. Con una sonrisa en los labios, presentía que aquel joven daría que hablar en la Legión.

EXILIADO

Michel Pérez Pino

Avanzo bajo el sol abrazador que quema las arenas. El polvo, en violentos remolinos, lucha por colarse bajo las telas que cubren mi rostro. El color ocre que me rodea en todas direcciones ha calado en mi cuerpo, mucho más que el pesar que me acompaña. Un rítmico paisaje de dunas ha escoltado mis pasos desde que abandoné la ciudad. La sentencia de la Reina de Egipto pesa sobre mi cabeza.

—Debe marcharse de los límites de la fortaleza que rodea al palacio y de los territorios del reino, o su cabeza rodará y será devorada por las fieras.

Yo, antiguo jefe de la guardia del palacio. Brazo y escudo de la gran familia que se yergue sobre el imperio. Soldado juramentado y conductor de las huestes que defienden la vida y la muerte. Protector de sus más preciados secretos, osé poner mis ojos sobre la joya que más aprecia su alma… ¡Su hija…!

Mis pensamientos siempre estuvieron vinculados a la guerra, desde que era un chiquillo que veía pasar los barcos por el sagrado Nilo y jugábamos a las batallas en sus márgenes bienhechoras. Cientos de heridas premian mi sacrificio. Cientos de horas de valor en el servicio de mi señora para alcanzar el puesto del que fui desterrado. ¡Maldita la hora en que me llegó la tarea de custodiar los pasos de la princesa! ¡Qué digo maldita…! ¿Acaso estoy delirando? Solo conocía el odio tras mis pasos. Ella llevó esperanza y amor a mis noches, sinfonía de buenos augurios a mi existencia meditabunda de oprobios y maldiciones.

Recuerdo el día que me atreví a levantar la mirada cuando pasó seguida de cientos de mujeres. Una algarabía de matices cautivó mi alma sedienta de amor. No podía creer que sobre la tierra existiera tanta belleza. Apenas osaba cruzar su mirada con la mía, no me arriesgaba a usar palabras con su nombre y la cuidaba como al más sagrado de los desvelos.

Así fue el día que la turba trató de lanzarse sobre la litera donde viajaba. Esa jornada mi espada fue gloriosa. Un verdadero león que barrió con todos sus enemigos, sentí miedo por primera vez. Miedo de perderla. Vi lágrimas en sus mejillas y me acerqué tembloroso.

—Ya no hay peligro, mi señora.

Fueron palabras breves y palpitantes, pero sus ojos me miraron con una ternura que hizo renacer mi devoción hacia su divinidad.

Al fin un oasis frente a mis ojos. El batir del viento sobre las palmas datileras me recuerda su caminar lento, como un adagio al compás de las arpas y los címbalos. Refresco mi cuerpo y me siento a la sombra para seguir recordando y lamentando con pena esta lejanía cruel.

Una mañana fui llamado a su presencia. Ninguno de los guerreros que he desafiado me hizo temblar, cada uno de los duelos que han llegado a mi vida los he enfrentado con valor. Estaba seguro de cómo proceder. He sufrido cientos de heridas, pero ninguna mortal, nadie había sido capaz de vencerme. Ella lo consiguió.

Sus grandes ojos almendrados doblegaron a la fiera y su cuerpo fue un elixir para mis sufrimientos. Sus manos acariciaron los regalos que me dejó la guerra, más suave que las telas que las cubrieron cuando sangraban. Se entregó a mis brazos y pudimos amarnos en secreto. La luna se convirtió en nuestra cómplice.

—¿Qué has hecho con mi alma, Hathor? Diosa caprichosa que destruyes corazones. Me has condenado a amar a quien no puedo poseer.

Quisiera tomar las pirámides por asalto con mis tropas. Ver rugir a la esfinge junto a mi lanza. Llegar hasta el palacio de la Reina y hacer volar la Corona Sejemty que adorna su cabeza, de una estocada de mi espada hacer desaparecer la guardia pretoriana que la protege y pisotear los cetros sagrados que me obligan a deambular por este desierto lejos de mi amada… pero no puedo hacerlo. ¡Es su hija! Nunca me lo perdonaría.

Maldito el sacerdote que nos descubrió y maldita sea su lengua. Ese si pagó con su vida su delación antes de que yo abandonara la ciudad. Su cuerpo no podrá ser momificado y su alma nunca llegará junto a Anubis.

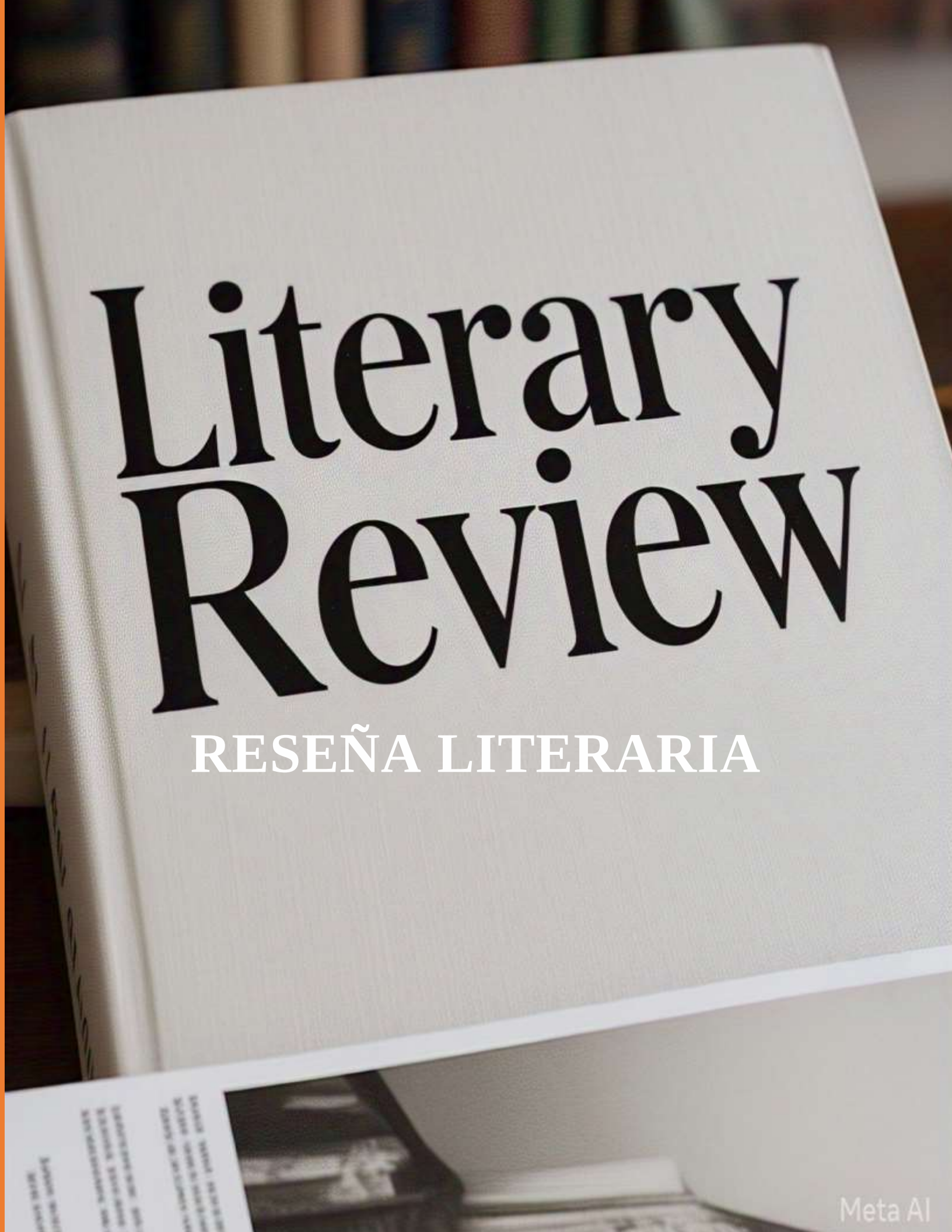
¿Qué le habrán contado sobre mí? ¿Que soy un asesino, que mi sangre no podrá mezclarse nunca con la suya porque yo soy nada más que polvo y ella es hija de los dioses?

Por eso me he alejado para morir en este mar de arena. Para dejar mi vida en el crepúsculo de este día que será el último. Quiero que me recuerde, cuando mi sangre corra hacia el agua que alimenta este minúsculo mar de vida en medio de la nada.

Mi daga será mi última compañía y este oasis mi última morada. No me será posible la vida más allá de estas dunas sin su presencia. Esperaba encontrar el amor y voy camino de la muerte.

Debería ser diferente el mundo. ¿O quizás esté en mis manos hacerlo diferente? ¿Debo entregar mi vida para escapar de este exilio? ¿O debo luchar y enfrentar las vicisitudes para arrancarla de los brazos que no la dejan ser feliz?

¡Voy a buscarla! Lo he decidido. No entregaré mi vida. La tomaré en mis brazos y escaparé con ella más allá del gran azul. Ni Cleopatra, ni Marco Antonio y todas sus legiones impedirán que sea mía. En alguno de los barcos que flotan lejos del delta del Nilo. El viento del desierto ocultará mis huellas. Voy hacia ti…


Literary
Review
RESEÑA LITERARIA
Meta AI

RESEÑA LITERARIA

El color de mis palabras

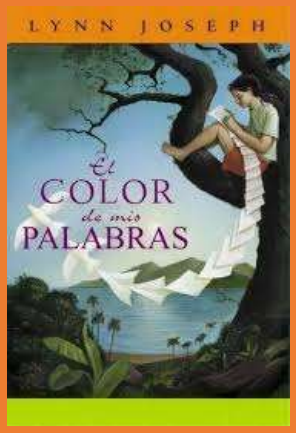
de Lynn Joseph

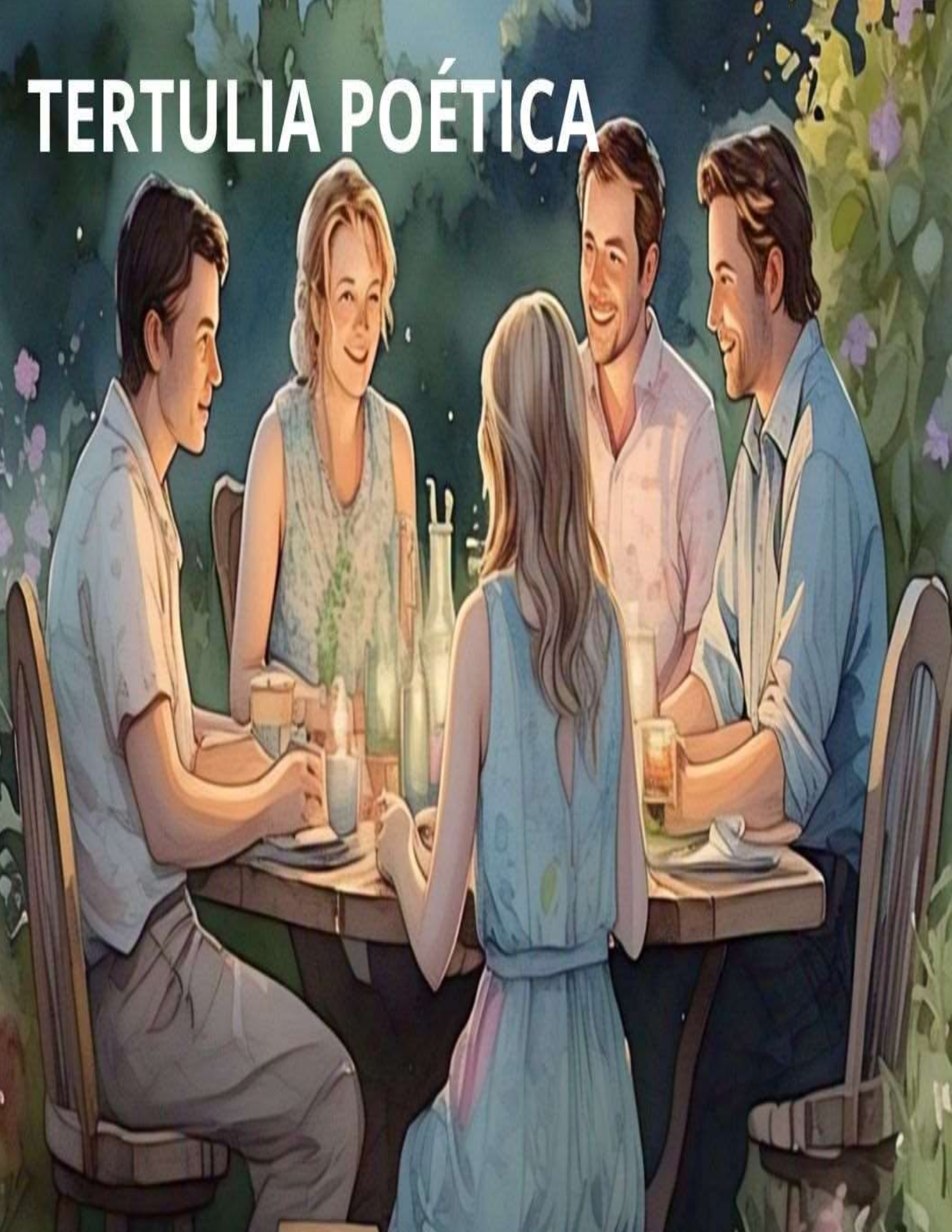
por: Yari Morales

El color de mis palabras es una novela escrita por Lynn Joseph, que narra la historia de Ana Rosa Hernández, una niña dominicana con un profundo amor por las palabras y el firme deseo de convertirse en escritora. Sin embargo, alcanzar sus sueños no es fácil, ya que vive en un país donde solo el presidente puede publicar libros, y aquellos que se atreven a expresar sus ideas libremente son perseguidos, torturados o incluso asesinados.

A través de un viaje de introspección marcado por los cambios propios de la adolescencia, Ana Rosa descubre una dolorosa verdad que la hace madurar y replantearse la imagen que tenía de su padre. La historia transcurre en la comunidad de Sosúa, en la República Dominicana, durante un tiempo de fuerte opresión política. Cuando el Gobierno amenaza con desalojar a los vecinos, la comunidad se une en defensa de sus hogares, desencadenando un giro inesperado que conduce a la tragedia más impactante.

Aunque es una novela dirigida al público adolescente, los temas profundos que aborda —como la censura, la injusticia social, el duelo, el poder de la escritura y la lucha por los sueños— le han valido importantes reconocimientos. Es una historia conmovedora que atrapa al lector desde la primera página y lo invita a reflexionar sobre la libertad de expresión y el valor de la palabra.




TERTULIA POÉTICA

MUJER DIVINA

por: Anniabel Martinez

¿Qué suerte de mar eres tú?
A tus pies me tienes rendida.
Te levantas, figura sedienta, ardiente;
la mirada cala el pecho abierto,
majestuosa mujer desnuda.
Las piernas firmes quieren ser dueñas
de la noche. Los dedos tocan
lo más profundo, se regocijan, bailan.
La sombra encuentra un arsenal
de formas, se repite el cuento.
Los senos dulces, atrevidos,
revolotean mariposas, aúllan lobos.
Caigo, desfallezco en tus manos.
Un búho anuncia que llegó la madrugada;
regalas, húmeda, un sabor a sal.
Se enfurecen las olas, grandes ahí vienen.
Un mar en calma se queda dormido

EL INSOMNIO TAMBIÉN ESCRIBE

por: Yari Morales

El insomnio
también escribe.
Duda,
reflexiona,
arde como llaga.
Duele,
atrapa.

El insomnio
también escribe
de luchas internas,
de los niños,
de la escuela,
de ayudarlos
a que aprendan.

El insomnio
también escribe
de amores de antaño,
de amores sinceros,
de amores verdaderos.

El insomnio
no se calla.
Me levanta
con ganas de brillar.

El insomnio…

ay, insomnio:
insoportable,
adorable,
paradójico…

Déjame descansar,
pero no me dejes
dormida.

EL TIEMPO

por: María Méndez

Observante sigiloso de trovas,
y cuitas que acongojan mi alma.
Tu perfil se dibuja entre arreboles,
y crepúsculos de insomnio.

Lloran mis manos al escribirte,
cartas que quizá no leerás.
Acrecentando la nostalgia,
se alimenta la distancia.

Que separa mi cuerpo del tuyo,
mi deseo febril hace memoria
de la miel de tus besos,
paseando la ruta inexplorada.

Titilando la campana prohibida,
despertaste el eco de mi alma,
rompiendo la fuente,
derramaste mi cielo y fue tuyo.
Bebiste el agua bendita de mi ser.
Son húmedos recuerdos
que me acompañarán por doquier.

AÚN TE ESPERO

por: Daymi Pacheco Avellanes

Aún te espero, corazón,
en el silencio absoluto
de esta noche infinita,
en el frío de mi cama,
que tu nombre sin piedad me grita.

Aún te espero,
en el humeante café de la mañana,
en el primer rayo de sol que me calienta,
en el tintineo de mis campanas
y en la melodía que al amanecer me despierta.

Te espero todavía,
con tus brazos extendidos,
en una playa desierta,
con tu espalda mojada
y tu sonrisa perfecta.

Te espero,
y no sé hasta cuándo.
Para amarte así no tengo un porqué.
Seré libre un día cualquiera,
seré libre si te olvido, tal vez.

EN EL DELTA DEL NILO

por: Michael Pérez Pino

La noche rezagada y silenciosa,
en la que Anubis emita su llamado
y con su aullido desgarre las tinieblas.
Colmillo hiriente de chacal
sobre alma de hombre.

Te arroparé en mis brazos,
callada y temblorosa.
Dulce flor que navega en las galeras,
sobre el silencio imponente del desierto.

No puedo descifrar los jeroglíficos
de antiguos sacerdotes,
ni los enigmas que ocultan
los muros de la vida.

La mirada perpetua de la esfinge
nos contempla.
Guerrero de otro tiempo
que persigue tus pasos.
Resguardaré en tu vientre la semilla que late.

Besaré tus orillas…
Bajaré hasta tus pies,
donde un dibujo vive
adosado a tu piel.
Sueño de la saeta sobre la cárdena.

Volveremos a nacer en la mañana,
mientras Ra ilumina con su benevolencia.
Nuestros cuerpos fundidos
en el delta del Nilo.
No habrá tiempo
que detenga nuestro tiempo.

Volvamos a la vida.

ÁNGELES BAJO LAS ESTRELLAS

por: Esperanza Renjifo

Conexión entre el cielo y la tierra,
cual metáfora de la esperanza,
bajo la imaginería de las estrellas,
desatando las sombras de la herencia.

Calcando manías desde el origen del mundo,
con la luna caminando al son de la hierba
y la mente extraviada en laberintos de espanto,
brillan ángeles en la noche que miramos tanto.

Debajo de un cielo que se abre como un libro,
montando cometas en sueños de poetas,
llegan a mi encuentro sus luces en la inmensidad,
en un acto de amor extraordinario, encendiendo mi mundo.

Latiendo estoy bajo tu pecho en coágulo de aurora,
y en el idioma mudo de un sensible pecho,
cual intérprete divino que aniquila el tiempo y la distancia,
porque hay algo inmenso que da forma a nuestras almas.
¿Qué suerte de mar eres tú?
A tus pies me tienes rendida.

FRÍO DE TI

por: Doris Mabel Peña Sepúlveda

Tengo frío de ti, de la hoguera que es tu cuerpo, de tu fuego abrazador, de tu llama ardiente de besos.

Frio de ti, en esta distancia que separa nuestros cuerpos, de esta cama solitaria de tus sueños...

Frío, tengo frío de tu ausencia, de tus manos recorriendo mi cuerpo, de tus besos afrodisíacos de amaneceres...

Tengo frío de angustia, tengo frío de nuestras noches de luna llena, tengo frío de la hoguera que es tu pecho ...

Frío, tengo frío, de este silencio que carcome el recuerdo de tus brazos abrazando mi sombra, tengo frío, mucho frío.

Tengo frío, frío del recuerdo y la añoranza del mañana, del pan tostado, en la cama, del café caliente de tu mirada.

Tengo frío, frío del frío, que sacude mis cabellos al bailar con viento, de los kilómetros que separan nuestras almas.

Tengo frío, tanto frío, que recurro al pasado y tiemblo de delirio al abrir el sarcófago de los recuerdos, donde reposa la miel de nuestro amor**.**

MUJERES: ARTIFICES DE LA LITERATURA

MUJERES EN LA LITERATURA

FRIDA KAHLO

(Vigor ante el infortunio)

Por: María Méndez

La mujer es el complemento perfecto de la creación: varón y hembra los creó Dios (Génesis 2:23). Desde el principio, la imagen femenina cumple un rol importante que gira alrededor de la figura masculina. Hay mujeres que llegan a este mundo para marcar la tierra y dejar huellas, huellas que no borra el tiempo ni la herrumbre de las vicisitudes. Esas mujeres se conocen por sus hechos magníficos en medio del caos, que en la mayoría de las historias pasa a formar parte de sus vidas.

En esta oportunidad, a propósito del mes de julio, tengo el agrado de hablarles de una mujer que supo cómo caminar sobre las aguas de lo que fueron sus tormentas. Una dama que vivió acompañada del sufrimiento, pero que hizo de él un aliado en la circunstancia y no su verdad… Esta se encontraba entreverada en lo más profundo de su ser, y como tal, lo dejaba ver en sus obras artísticas y poemas, al punto que aún el día de hoy, permanece y se ha vuelto la inspiración de muchas celebridades. Su rostro desfila en establecimientos ambientados con su imagen. Pasó a ser uno de los íconos de la mujer en vanguardia.

Un accidente de tránsito la condenó a tener citas constantes con el quirófano en la búsqueda de la mejoría para una de sus extremidades, la cual se fracturó en varias partes. Pasó gran parte de su vida postrada en su lecho por causa del accidente. Su experiencia con el amor también fue algo que añadió pesar; sin embargo, también supo hacer catarsis y crear poesía con su dolor. Su habilidad con la pintura le permitió plasmar pinceladas que mostraron ese mundo interior que llevaba dentro, desde autorretratos y la obra llamada La columna rota, que tiene que ver con su estado de salud física.

Siendo una joven de menos de veinte años, Frida Kahlo pierde la movilidad de sus piernas a consecuencia de la fractura de su columna vertebral. Es así como, al quedar inmóvil de sus piernas, se refugia en el arte y logra hacer de la desgracia un tren de largos viajes hacia adentro de sí misma, para transformar el dolor de sus experiencias en motivación personal para seguir adelante con su vida… aunque estuviera fragmentada.

Entre sus palabras encontramos frases como:

“Dígale al forense, cuando escarbe mis entrañas, que, si encuentra mi amor por usted, lo saque… para poder descansar en paz.”

“Me pinto a mí misma porque soy a quien mejor conozco.”

Ambas frases son de su autoría. Sus creaciones reflejaban su desnudez almática sobre lienzos multicolores. Sin duda alguna, estamos frente a un poema hecho mujer, de esos que traspasan la piel. No se rindió en medio de la adversidad; antes bien, se esmeró por estar de pie ante el mundo, aunque sus piernas no pudieron despertar.

Magdalena Frida Carmen Kahlo y Calderón nació el 6 de julio de 1907 en Coyoacán (México) y falleció el 13 de julio de 1957, a los 47 años, en Coyoacán (México), a causa de una embolia pulmonar. Sus restos fueron cremados y sus cenizas fueron llevadas al Museo Frida Kahlo, también conocido como La Casa Azul, en Coyoacán, Ciudad de México.

“

MISTERIO EN LA
LUNA

SEGUNDO CAPITULO

EL HALLAZGO DE LA CARTA

por: Yari Morales

Era una noche tranquila en el Centro Espacial Johnson. Este se había convertido en una especie de museo interactivo. Samuel Muller trabajaba allí como empleado de mantenimiento. Amaba su trabajo, ya que era un soñador y disfrutaba las historias que se tejían sobre los viajes a la Luna. Cada noche caminaba por los pasillos en silencio, observando cada detalle. Pensaba que había algo más detrás de todo aquello que se había dicho, pero no sabía qué.

Esa noche, mientras revisaba una caja que, al parecer, habían dejado olvidada detrás de una réplica del módulo lunar, algo llamó su atención. Era un sobre, pero tenía una etiqueta que decía: Archivo 217 – Confidencial / Solo para revisión interna de la NASA. Le pareció que estaba en un lugar equivocado. Al parecer, querían esconderlo deliberadamente. Lo guardó en su bolsillo, mirando que no lo vieran, con la intención de leerlo más adelante.

Un supervisor lo vio como asustado y le preguntó:

—¿Estás bien, Samuel? Tal parece que hubieras visto un extraterrestre —dijo con sarcasmo.

—No, señor, es que estoy cansado. Este cambio de horario me ha hecho perder un poco el sueño.

—Ya te acostumbrarás. Me pasó igual.

Cuando regresó a su casa, luego de un turno agotador, decidió abrir el sobre. Este se encontró ante un manuscrito cuya letra parecía ser de una persona que escribía con prisa, como si hubiera escrito bajo presión. No estaba firmado por nadie. Lo que leyó le dejó la piel de gallina. El texto comenzaba así:

“Lo que vimos allá arriba…piedras, polvo, cráteres y algo más… Nos dieron instrucciones específicas, hablar solo de la superficie lunar, hablar de la bandera, decir palabras de motivación y esperanza. Sin embargo, ninguno de nosotros, a pesar de nuestros rigurosos entrenamientos, estaba preparado para el silencio lunar. La Misión Apolo encontró más de lo buscado. A las 03:47, hora de Houston, el 20 de noviembre de 1969, se registró una interferencia inusual en la transmisión. Oficialmente se dijo que la cámara había sufrido

daños por la radiación solar, pero eso no fue lo que ocurrió. Lo que vimos fue una presencia llana de luz. Algo para lo que nunca nos preparamos y la humanidad no debe saber" vimos fue una presencia llena de luz. Algo Samuel tragó en seco. Sabía que estaba ante la confirmación de algo que siempre imaginó: no estamos solos. El texto hablaba de lecturas, coordenadas, símbolos tallados en piedras. Lo que más le sorprendió leer fue que todos los astronautas que pisaron suelo lunar tenían sueños repetidos. No eran alucinaciones. Era como una especie de sueños sincronizados. Todos reportaron visiones similares: una figura luminosa, una sensación de paz que no era habitual, y un mismo mensaje que no saben cómo lo entendieron porque nunca hubo palabras: "Todavía no es el tiempo. Somos reales. No somos un mito."

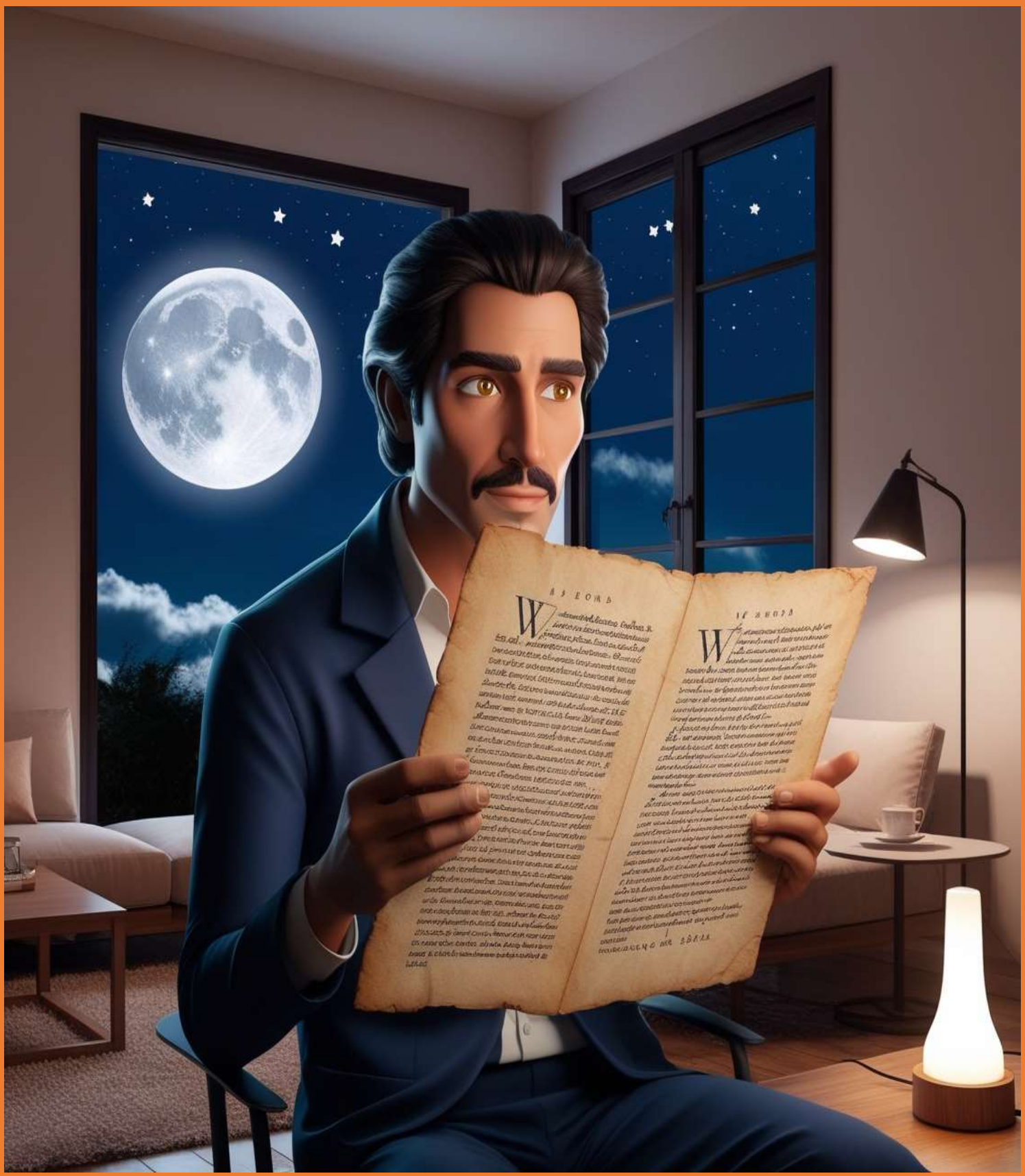
Más adelante, nos diagnosticaron con el síndrome del hombre en la Luna, pero no como una condición de salud mental que desarrollamos todos. Era como un despertar de la consciencia. El poder de ver más allá de lo que cualquier mortal puede hacer.

Samuel estaba fascinado. Ahora entendía muchas cosas que en su cabeza nunca cuadraban. Siempre sospechó que todos guardaban silencio como si hubieran hecho un pacto. Además, un acto tan importante como pisar suelo lunar podría darles más exposición e importancia a estos astronautas, pero no fue así. Sus vidas fueron privadas y pasadas por alto. Solo Alan Bean y Mitchell pudieron expresar sus emociones, uno a través de la pintura y el otro con su amor hacia lo paranormal. Sin embargo, los dieron por trastornados.

La carta finalizaba con algo que despertaría el interés de Samuel por seguir investigando:

"Somos soldados de Estados Unidos. Allá arriba, nunca estuvimos solos, pero de alguna forma que no sabemos, nos hicieron saber que no estábamos preparados para entender "

Cerró el documento sintiendo escalofríos. Quería hablar con alguien, contar esto tan importante que acababa de descubrir, pero sabía que era peligroso o, quizás, que nadie estaba preparado para entender. Por primera vez en su vida, temió mirar a la Luna.



Copyright © 2025 Reino Olvidado Todos los derechos reservados.

Los personajes y eventos que se presentan en este li son ficticios.
Cualquier similitud con personas reales vivas o muertas es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Impreso en Argentina